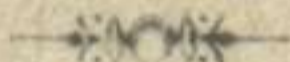


MARIANO PERNÍ GARCIA

SIN TON NI SON

VERSOS



MURCIA
IMPRESA DE EL DIARIO
1896



R388.047

BIBLIOTECA REGIONAL



1487661

DNU

10697

8054.47

Deposito a Fides interior - N.º 59 -

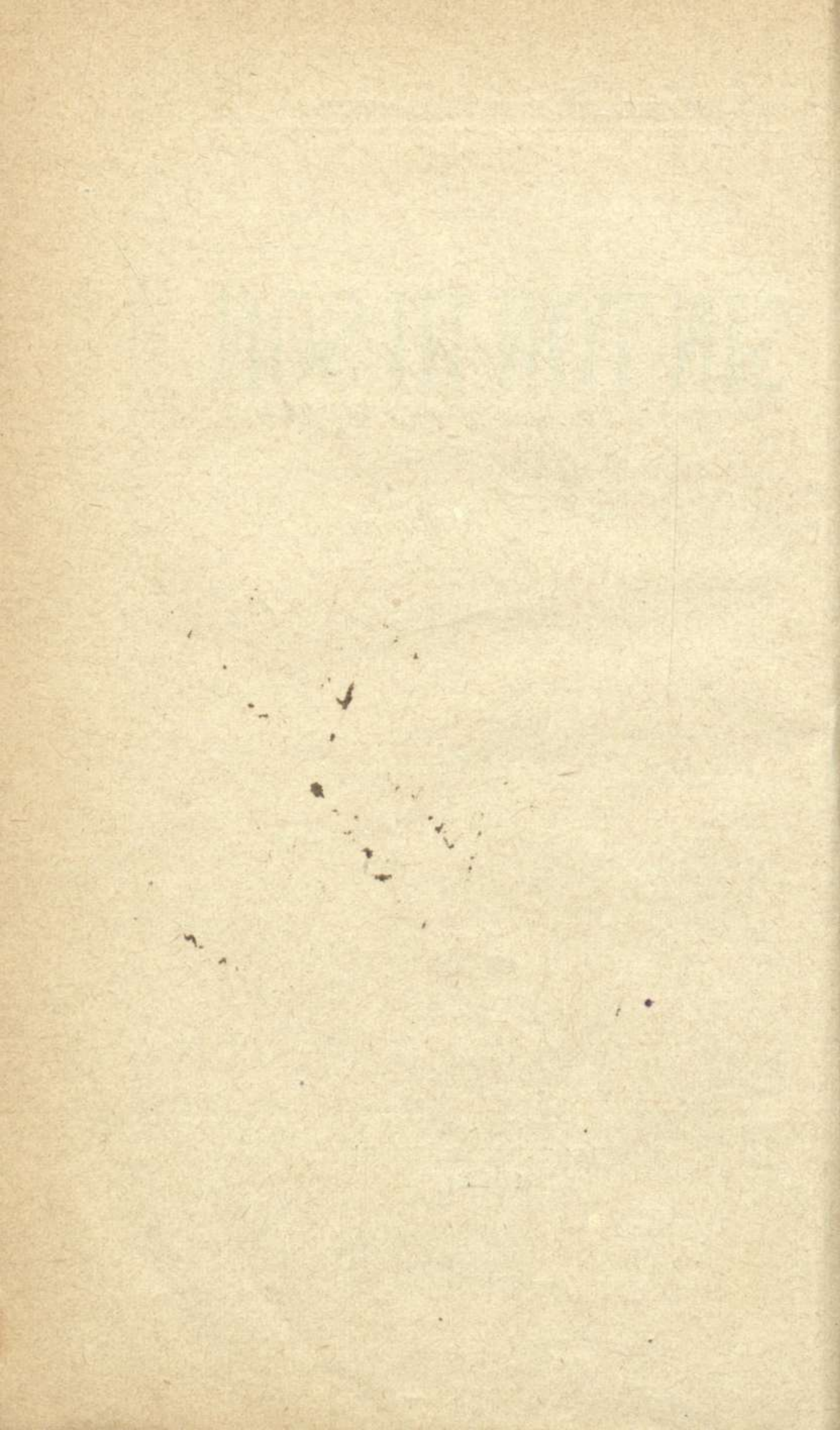
MARIANO PERNÍ GARCIA

SIN TON NI SON

VERSOS



MURCIA
IMPRESA DE EL DIARIO
1896



Rosario: Nadie ha de encontrar
menos defectos que tú en este libro;
por eso te lo dedico

Mariano.

A mi querido amigo
José María Ruiz Arnedo
en parte del material abierto
quiere ser atenta
M^{re} Perini

PASE USTED, LECTOR...

Sí, pase usted adelante,
que á usted y á todos, galante
en esta portada espero:
mi clase insignificante
no me deja usar portero.

Mejor dicho, prologuista
que fuera mi apologista
y que dijera quién soy:
por eso, aunque me contrista,
abro yo mismo... ¡aquí estoy!

Con mi cara y mis modales,
buenas prendas, personales,
jóven, ni guapo ni feo,
y sin gafas. porque veo
sin ojos artificiales.

Con un tipo regular,
que no ofrece de saliente
nada de particular

ni de perfil ni de frente;
segun se quiera mirar.

Tal como soy, el favor
aguardo aquí del lector
que abra este libro un momento,
para hacerle sin temor
el siguiente ofrecimiento:

—«Pase usted hoja trashoja,
lector, y á su gusto escoja
lo que sea de su antojo:
si le gusta no me enojo,
y lo siento si le enoja.

Aquí no encontrará usted
lo sério y trascendental,
que á tanto no me lancé:
yo en mis versos no pasé
de lo que es superficial,

de lo que al alma no altera,
de lo que es llano y corriente,
de lo que se vé por fuera,
de lo que dice la gente,
de lo que piensa cualquiera.

De eso, como imaginé
con mi inteligencia escasa,
lo que vá despues rimé...
Ah, pero siéntese usted,
lector: está usted en su casa.

* * *

Pues, señor... como es tan sosa
la vida en este planeta,
hay que hacer alguna cosa

desde la cuna á la fosa;
y yo quise ser poeta.

Sin musa no puede ser:
no la lograba tener,
mas por eso no hubo excusa;
¿y qué hice? tuve una musa
tomándola en alquiler.

Aunque mala, á lo que entiendo
me vá servicio prestando,
pues levantando y cayendo
yo con ella voy viviendo;
por no decir voy cobrando.

Hacia ella por su bondad
con toda sinceridad
siento gratitud inmensa;
pues su magnanimidad
me hizo «chico de la prensa».

Y desde esta gerarquía
un dia tras otro dia
mi único tormento es
la prosa y la poesia,
al derecho y al revés.

Por más que yo me resista
por varios puntos de vista
entre ellas he de vivir:
¡qué gusto ser periodista
si no hubiera... que escribir!

Pero amigo, tal regalo
no lo logra ni el más ducho,
y en el oficio en que lucho
lo que escribí sé que es malo,

pero tambien sé que es mucho.

La exigida actividad del dia, trajo á mi mente temas de oportunidad, que ha llevado en su corriente la rápida actualidad.

Viéndolos desaparecer inclinado me sentí de ellos recuerdo á tener; algo pude recojer y algo de eso guardé aquí.

Esta es, pues, lector, la idea que ante el libro se me ocurre: ¡mírelo cuando lo lea con gusto si le recrea, con malhumor si le aburre...!



Y basta de invitacion y de importunarle así: ahí van, renglon tras renglon, los versos que puse aquí escritos SIN TON NI SON. » —

M. Perui Garcia.

Murcia 10 de Diciembre de 1896.

EL TREN DE LOS MUERTOS

Se están haciendo los estudios de un ferrocarril desde Madrid al cementerio del Este. — «El Imparcial.»

No digo yo que el progreso
no es una cosa excelente,
¡nada de eso!
lo que digo solamente
es, que al leer lo que apunto
más arriba (porque quiero)
me quedé casi viajero,
es decir, casi difunto.

¡Un tren para conducir
los muertos al camposanto!
¿qué más se puede pedir...?
(porque yo no pido tanto.)

Esto á mí se me figura
la mayor comodidad,

¡marchar á la sepultura
en grande velocidad!

Hacer el postrer viaje
en un buen departamento,
sin estorbos ni equipaje...

¡Cuánto sientó
que no haya aquí todavía
línea *fune-carrilera*,
por si á mí se me ocurriera
el morirme cualquier día!

Pero no hay que impacientarse
porque todo se andará;
no hay que desilusionarse,
¡ya se hará!

Porque la cosa convida:
nos llevan á la estacion
y esperamos la partida
con santa resignacion.

Los mozos ya no darán
la voz: «¡Viajeros al tren»
sino que nos cojerán
para montarnos... (¡Qué bien!)

Cuando una vez colocados
el tren en su marcha apriete
no vendrán los empleados
á pedirnos el billete;

y ya nos dará un ardite
que nos caiga un monte encima
ó que el tren se precipite
por una profunda sima.

¡Qué tranquilidad más sana!
¡qué grato modo de irse!...
si pensándolo dá gana
de morirse.

Ya no se podrá llamar
á la muerte «parca *fiera*»
¡como que nos va á llevar
en un coche *de primera!*

En la esquela dirá junto
con lo demás, según veo,
si el tren en que irá el difunto
ha de ser mixto ó correo.

Tambien hay que suprimir
de ese fúnebre lenguaje
el Requiescant, y decir:
¡buen viaje!

Pero todo se irá haciendo,
contentémonos ahora
con que se vaya extendiendo
tan importante mejora,

pues tiene lo que ideamos
un mérito sin segundo,
¡hay tanto aquí, que mandamos
yá progreso al otro mundo!

Por mas que yo, lo confieso,
es cuestion de apreciaciones,
pero esas innovaciones
no me parecen progreso.

¿Que por qué?

Porque un adelanto sério
en esto yo lo veré,
sólo cuando al cementerio
vayan los muertos á pié.

PAISAJE

(MURCIA)

Arboles, vida, luz, plantas y flores,
cielo azul despejado y trasparente,
verde enramada, bulliciosa fuente,
y pájaros que cantan sus amores.

Entre el vário conjunto de colores
el Tháder se abre paso lentamente,
y escuchando el rumor de la corriente,
el huertano comienza sus labores.

Muestra aquí una barraca su pobreza;
sus frutales la tierra productora,
allá lejos, ostenta su grandeza

la santa Torre que el murciano adora,
alumbrando, por fin, tanta belleza,
la débil luz de la naciente aurora.

1888.

LA MISA DE CAMP AÑA

I

Del vistoso campamento
en la superficie inmensa,
se alza el altar en el que hay
un Cristo con pocas velas.
El cura del regimiento
la santa misa celebra,
teniendo el espacio azul
por bóveda de la iglesia.
Todo el cuerpo del ejército
formado en líneas correctas
se extiende por la llanura;
y en el aire libre ondean
las banderas militares,
de la patria santa enseña.
El sol hiere en mil reflejos
las agudas bayonetas
y en los galones dorados,
en roses y en charreteras,

sus hilos de roja luz
en rayos brillantes quiebra.
Debe estar del campamento
el enemigo muy cerca
y en la misa de campaña
aquellos valientes rezan
y cobran valor y alientos
para entrar en la pelea.
El sacerdote en sus manos
la Sagrada Forma eleva,
de cornetas y tambores
el toque marcial resuena
y los soldados se inclinan
con una rodilla en tierra.

II

En momento tan solemne
de tan augusta grandeza,
¡bien se acuerda el pobre quinto
de la misa de su aldea!
Allá, bajo el pobre techo
de aquella ermita modesta,
cuyos altares cubrían
manteles de tosca tela,
misa oyó con devoción
todos los días de fiesta.
Y al concluir, siempre aguardaba
ver una cara morena
con unos ojazos negros
que están llorando su ausencia:
y poniéndose al instante,
él, gozoso, al lado de ella,
en conversacion alegre

se iban hácia una vivienda
donde desde que él se vino
no ha habido baile en la puerta.
Ahora al terminar la misa
oir aquella voz no espera,
sino la del capitán
que enérgicamente ordena
lo que ha de hacer el soldado
hasta que triunfe ó que muera.
Allá, en su iglesia sencilla
se aspiraban las esencias
que mandaban desde el monte
sus mil olorosas hierbas,
y las flores que la entrada
del ancho átrio festonean.
En el campo de combate
otro incienso ne se quema
que la pólvora que en nubes
aún en el espacio humea.
La bendición de la misa
de su pueblo, el alma alegre;
pero la de aquí entristece
con sus tonos de «Requiescant....»

III

De pronto se oye distante
sonar el toque de guerra;
van trasmitiendo las órdenes
las destempladas cornetas;
el sacerdote en la misa
el santo rezo acelera;
en distintas direcciones
van moviéndose las fuerzas;

y el joven quinto dirige
la mano á la cartuchera,
y mira al altar y al cielo
y este ruego balbucea:
«¡Dejadme que vuelva á ver,
Señor, su cara morena,
cuando se acabe la misa
de la ermita de mi aldea!»

LADRIDOS

(CONTRA LA MORCILLA)

Carta que recibí ayer
por el correo interior
y me creo en el deber
de dársela á conocer
aquí, al curioso lector.

La firma un perro de presa
que á la legua he conocido
debe ser muy instruido;
pues sabe hacer letra inglesa
y la escribe de corrido.

Claro que cuando la ví
al pronto yo no entendí
su extraño significado;
pero después he logrado
traducirlo: Dice así:

«A Don (Fulano de Tal:)
Le dirijo la presente
y no lo tome usted á mal,
porque el asunto es urgente
y grave y trascendental.

Ahora mismo empezaré.
Yo soy perro, aunque no esté
bien que lo declare así;
perro, para lo que usted
quiera disponer de mí.

Y he visto con sentimiento
que el ilustre ayuntamiento,
como cosa muy sencilla,
dispone sin miramiento
que se nos dé «la morcilla».

Y lo hace para evitar
que alguno pueda rabiar
y muerda luego después...
¡me parece que eso es
lo que se llama acertar!

¡Conque por si rabia alguno,
no hay medio mas oportuno
de evitarlo, que esos modos:
acecharnos uno á uno
y darnos la muerte á todos!

Pues de tan necios rigores,
yo, por mi raza, señores,
debo aquí de protestar,
pues que no deben pagar

los justos por pecadores.

Si yo cumplo mi destino
y recorro mi camino
tal como se me marcó;
¿de que rabie mi vecino
tengo alguna culpa yó?

Esa sentencia maldita
corregirse necesita,
porque es dura y es cruel:
y al que rabie, eso no quita,
al que rabie, duro en él.

Pero lo que yo no quiero,
ni permito, ni tolero,
aunque el hombre así lo pida,
es que á todos se nos mida
aquí con igu al rasero.

¡Hombre, en qué país vivimos?
¡Qué le parece á V., tras
lo mucho que le servimos,
el pago que recibimos!
¡Vaya, no faltaba más!

Yo con mi opinion mi aferro;
el hombre está en un gran yerro
si es que ha tomado por sábia
la máxima: «muerto el perro
ya se ha acabado la rabia.»

¡La solución es graciosa:
pero entonces no os asombre

que el perro diga otra cosa,
y es que una vez muerto el hombre
no hay mordedura infecciosa.

Nuestro derecho es vivir
y yo lo quiero exigir
y en él me amparo y escudo:
es preciso concluir
con esa ley del embudo,

tan cómoda y tan sencilla,
que por proteger celosa
á la humana pantorrilla,
nos suelta la venenosa
y mortífera morcilla.

¡Y aún dice el hombre formal
que es una amistad leal
la de él y el perro! Me irrita
y digo ante afecto tal:
¡Qué amigos tienes, Benito!...

Mas basta de digresiones
y volvamos al asunto
principal de estos renglones,
que está la cuestión á punto
de que dé mis opiniones.

Si se trata de privarnos
de que podamos cebarnos
mordiéndole á alguna gente,
tenemos que conformarnos
con la idea: ¡es excelente!

Pero el medio que se emplea
no corresponde á la idea,
y se debe desistir
de usarlo, y otro que sea
más oportuno elegir.

Ese sistema anticuado
es el menos apropiado
y el más torpe y criminal...
¡con ponernos un bozal
estaba todo arreglado!

Gástese en eso el dinero
que se gasta en la otra empresa,
y aplaudiré placentero
el de lanas, el ratero
y hasta este **PERRO DE PRESA**.

FLAQUEZA



(SONETO)

No me sirve la misa, Rosa hermosa,
cuando te hallo en la iglesia, de mí enfrente;
pues aunque quiero estar devotamente
dejo la misa por mirarte, Rosa.,

Ya sé que es por demás pecaminosa
esa acción que cometo irreverente;
mas confío en que Dios, justo y clemente,
no habrá de castigarme por tal cosa.

Inapelable, nos dictó su mano
la sábia ley desde la augusta altura:
vive aquí á su designio soberano

sometida la humilde criatura;
y en su flaqueza, el hombre más cristiano
mirando á una mujer olvida al cura.

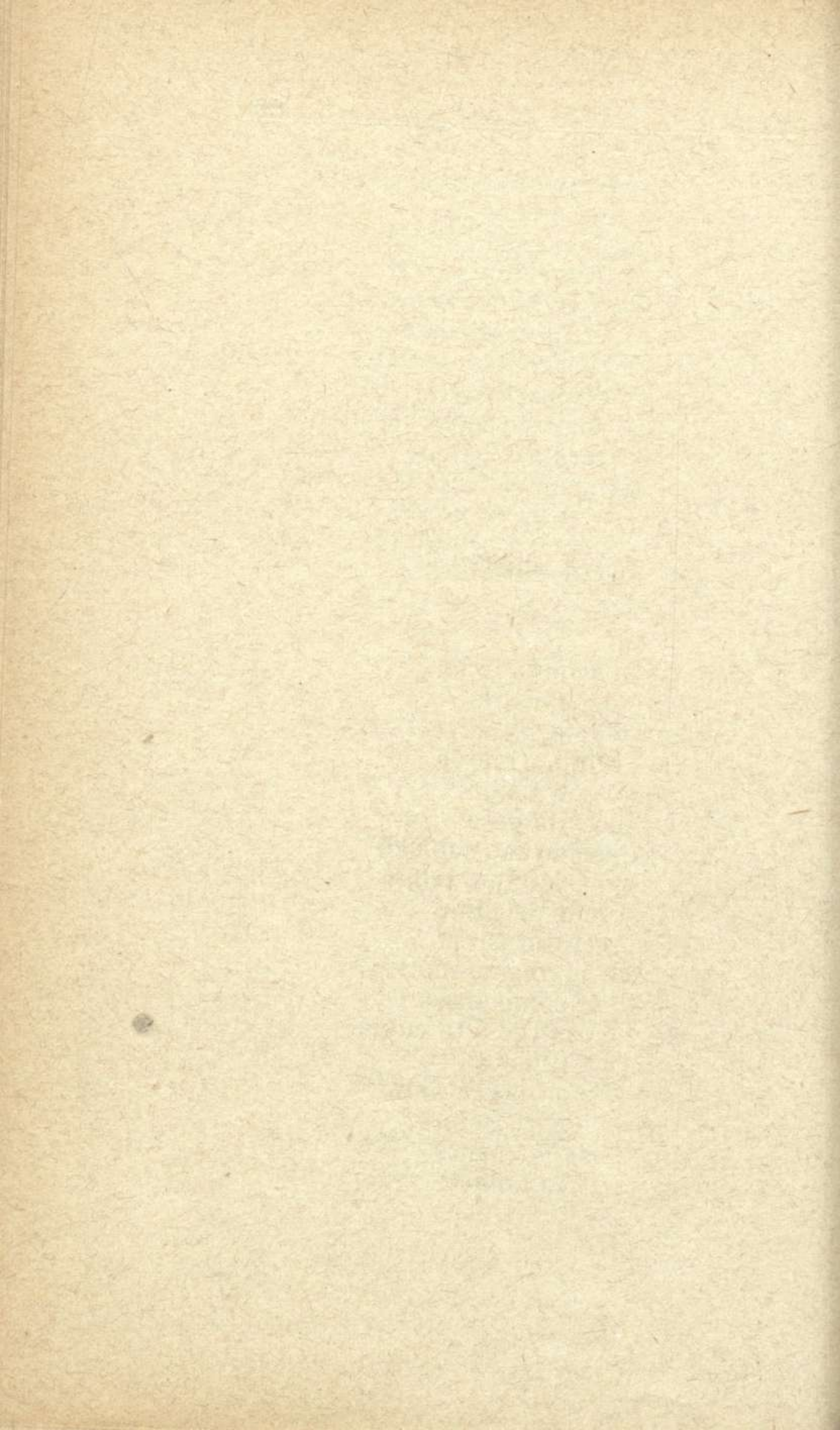
MI VOCACION TORERA

Vocacion de torero
tiene cualquiera
y yo tambien la tengo
de esta manera:

A las tres de la tarde
me vestiría
con el traje que gasta
la torería;
tan vistoso, tan rico,
tan elegante,
que produce un efecto
muy deslumbrante.
El capote en el hombro,
con buena traza,
iria en coche abierto
para la plaza,

recibiendo bastantes
satisfacciones
al ver como la gente
de los balcones
demostraba al mirarme
placer profundo;
¡como si yo viniera
del otro mundo!
En los patios, y en tanto
que la hora era,
la muchedumbre iria
donde yo fuera,
cerrándome el camino
con soberano
afan de verme y darme
todos la mano.
Al hacer las señales
el presidente,
formadas las cuadrillas,
de ellas al frente,
cruzaria la plaza
dando el paseo,
con un dulce y gracioso
recontoneo.
Cambiaría el capote
tras el saludo,
y al cojer el de brega
le haria un nudo,
segun hacen los diestros
constantemente
por sujetar el trapo
más facilmente.
Tomaria las cañas
de manzanilla

que me ofreciera alguna
gente sencilla
y me pondría luego
frente á la puerta
del toril, esperando
verla ya abierta.
Y al encontrarse todo
dispuesto así,
al tocar los clarines
taratati...,
saltaría al tendido
y entre la gente
vería la corrida
tranquilamente.



A JUDAS

Judas, discípulo infiel
de tu Divino Maestro,
á quien, infame, vendiste
solo por treinta dineros,
señalando tu traicion
con un hipócrita beso;
tu inícuca accion me subleva
pues, como cristiano, tengo
en lo profundo del alma
religiosos sentimientos.

Mas, por el mismo motivo,
de verdad te compadezco,
porque, en castigo á tu culpa,
estarás en el infierno
quemándote en las calderas
que tendrá Pedro Botero,
ordenadas sagazmente
y dispuestas con objeto

de que paguen los malvados
todo lo malo que hicieron.

Te tengo lástima y no
vengo con airado acento
á insultarte duramente
por tu proceder perverso,
ni á decirte á voz en grito
las verdades del barquero.

Comprendo que lo que hiciste
estuvo mal, muy mal hecho;
pero recuerdo también
que poco después de hacerlo
sentistes en tu conciencia
agudos remordimientos,
fuiste á un sitio solitario,
te echaste un cordel al cuello
y de un árbol te colgaste
con espíritu resuelto...

Perdóname, pobre Judas,
si hoy evoco este recuerdo
con el cual, yo te lo juro,
martirizarte no intento,
sino al contrario, lo hago
por prodigarte un consuelo.

Tú cometiste un delito
que, es verdad, fué muy horrendo,
pero muy poco después
de hacer lo que habias hecho
ahorcándote demostraste
algun arrepentimiento.

Mas... ¡apostol desgraciado!
en los tiempos que corremos,
los discípulos que tienes
en este mísero suelo,

no están por seguir tu escuela
ni por imitar tu ejemplo.

Los Judas que en nuestros días
son un peligro perpétuo
para las gentes honradas
y para el hombre sincero,
además de que á su prójimo
venden por módico precio,
no lloran después su falta,
ni se les importa un bleo
de los males y desdichas
que á los demás produjeron;
sino que tranquilamente
y con ánimo sereno,
antes que ellos resistir
el más pequeño tormento
son muy capaces de ahorcar
al mismo que ya vendieron.

1891.

The first part of the book is devoted to a general
 introduction to the subject of the history of the
 world. The author discusses the various theories
 of the origin of the world and the different
 views of the nature of the universe. He then
 proceeds to a detailed account of the history of
 the world from the beginning of time to the
 present day. The book is written in a clear and
 concise style and is suitable for students of
 history and general readers alike.

ACTA



(POR PROHIBICION DEL JUEGO)

Con el fin de resolver su difícil situación, las barajas anteayer tuvieron una reunion.

Todas las cartas llevaron allí sus representantes: de estos, unos pronunciaron discursos muy importantes,

otros dijeron que «sí» cuando bien les pareció, y hubo quien estuvo allí sin decir ni «sí» ni «no».

La presidió tan formal, el respetable As de Oros, como cualquier concejal una corrida de toros.

Al decir la presidencia:
«queda abierta la sesión»
notóse en la concurrencia
general expectación.

Presidente:—Voy á hablar
porque me toca hacer punta
y os debo manifestar
el objeto de esta junta.

Hace ya algun tiempo que
casi nos han suprimido:
¿es esto justo? ¡no á fé!
¿qué falta hemos cometido
para que así se nos trate
y se nos ponga en un brete,
quitando ¡qué disparate!
nuestro *monte* del tapete?

Qué ha llegado á presumir
quien dió esa orden importuna...?
¿es que vamos á vivir
con la *brisca, treinta y una,*
el *tute*, las *siete y media*
y otros de ningun valor
que no son mas que comedia?
Pues se encuentra en un error.

Así, soy de parecer
que una informacion se abra
con el fin de conocer...
(Uno):—Pido la palabra
para usar de ella enseguida.

—Vaya unos modos ¡canastos!
la tiene V. concedida.

¿Quien la pide?

—El As de Bastos.

Compañeros: Decidido

vengo á atropellar por todo,
 pues de todos es sabido
 que obro siempre de buen modo.

Quiero de esos que allí veis
 descubriros la falsía,
 que sepais lo que debeis
 á la augusta monarquía.

Ellos (señala á los reyes
 que están allí congregados)
 son los que dictan las leyes
 que nos tienen postergados.

De nuestra atroz situacion
 ellos son los responsables...

El Presidente:—¡Chiton!

El orador:—¡Miserables!

Varios reyes:—Protestamos...

Presidente:—A ver si cayan.

Los reyes:—Ya nos marchamos.

Muchas voces:—¡Que se vayan!

(El presidente impotente
 ante tal atrocidad
 para hacer que aquella gente
 respete su autoridad;

quiere hacer valer sus fallos
 pero, imposible ¡no callan!
 se desbocan los caballos
 y las sotas se desmayan;

todos tienen la voz ronca
 de gritar con tanto brio,
 en fin, que se arma una bronca
 de padre y muy señor mio.)

(Terminado el incidente
 el As de Oros aturdido

dice:)—La cuestion presente no es ya cuestion de partido; por lo tanto, debe haber entre todos gran union...

(As de Bastos:)—Mi deber es de hacer la oposicion al que proteja esa ley que á nuestra clase rebaja, por lo tanto, se vá el rey ó me voy de la baraja.

(El presidente:)—Atencion, que todo se arreglará; se somete á votacion, el As de Copas dirá.

(Las Copas:)—En este instante no escucho esos desatinos, las *copas* tienen bastante con la cuestion de los vinos.

—¿Y qué dicen las espadas?

(El As de ellas:)—Solamente, que estamos desenvainadas para ponernos al frente de todos, y demostrar nuestro esfuerzo á donde llega; ¡la baraja ha de probar que con ella *no se juega...*!

Así, en tonos diferentes, y tras mil interrupciones, fueron dando los presentes sus distintas opiniones, y como la discusion no saliera de este punto... ¡se nombró una comision para que estudie el asunto!

¡NO HAY MAL...!

I

En la casa del más rico
caballero del lugar,
reinó solo hasta aquel día
placer y felicidad.

Pero aquella niña hermosa,
que era encanto del hogar,
fué arrebatada á sus padres
por terrible enfermedad.

A las sonrisas y besos,
que no se oyen allí ya,
los sollozos y los llantos
vinieron á reemplazar.

La niña muerta en la caja
vestida de blanco vá

y con las flores parece
una santa del altar.

Los tristes padres contemplan
su descolorida faz,
que no tuvo en otro tiempo
ni al mismo sol que envidiar.

Sus ojos grandes hundidos
y sus labios de coral,
que ni han de animarse nunca,
ni han de entreabirse jamás.

Ya llegan hasta la puerta
el cura y el sacristan;
ya se llevan á la niña,
porque la van á enterrar.

Los padres doblan su angustia
ante la última fatal
despedida de la niña
á quien ya no verán más.

Y en el colmo del dolor
llegan locos á exclamar:
—Dios sus rigores extrema
cuando esta pena nos dá.

II

En la casa del más pobre
trabajador del lugar,
por el hambre y la miseria
mal tiempo pasando están.

Los chicuelos no han comido,
lloran, piden, sin cesar;
y el padre no halla aquel día
donde ganar su jornal.

Su situación miserable
es para desesperar,
aunque sostiene frecuente
trato con la adversidad.

En esto hácia el camposanto
vé aquel entierro pasar:
de enterrador hace oficios
y lijero acude allá.

Le mandan que cave el hueco
de la fosa sepulcral
y dejan allí á la niña
para que descansa en paz.

Al pobre por su trabajo,
casi obra de caridad,
los parientes de la muerta
buena limosna le dan.

Y contento va á su casa
diciendo á todos:—Mirad,
Dios es bueno y no se olvida
de los que no tienen pan.

llora su infelicidad,
la familia hambrienta come
y gracias á Dios le dá.

A LAGARTIJO
AL CORTARSE LA COLETA

ODA (SI SEÑOR, ODA)

Pájaros de la selva... justo, umbría,
que pasais gorjeando todo el día,
cesad en vuestro canto
y derramad en vez de esa alegría
un copioso raudal de amargo llanto.
Arroyuelos que vais, murmuradores
saltando por los prados y los valles,
no os pareis en detalles,
ni á dar riego benéfico á las flores;
en vez de murmurar,
ahora vuestro deber será llorar.
Auras que embalsamais todo el ambiente,
y haceis que nuestro olfato
se recree disfrutándoos, un buen rato,
nos es indiferente
que nos traigais esencias deliciosas

con perfumes de nardos y de rosas,
 ó que vengais cargadas
 de aromas mucho menos delicadas.
 Olas del mar y peñas de los montes,
 entrañas de la tierra, astros del cielo,
 negros abismos, claros horizontes...
 ¡ya no queda consuelo!
 ¡ya podeis expresar vuestro quebranto
 del modo que tengais por conveniente!
 yo he de manifestarlo con mi llanto,
 como toda persona que es decente.
 (La introduccion, juzgada en general,
 me parece que no ha salido mal).

¿Ese eco, ese rumor, esa atronante
 salva de aclamaciones, que resuena
 por toda la nacion en este instante
 quién lo produce?

Un pueblo delirante
 á quien una desgracia horrible appena.
 Es la España valiente
 que rábia ya desesperadamente
 viendo abierta una tumba
 á su gloria más rica y esplendente.
 Es una institucion que se derrumba.
 Rafael, nunca humillado ni vencido,
 cortarse la coleta ha decidido.
 El instante supremo por fin llega
 y el maestro va á su hogar
 tranquila y buenamente á descansar
 de la vida azarosa de la brega.
 Hay que acatarlo así porque él lo quiere;
 se marcha de la lid con su trofeo
 y para el mundo muere

el arte verdadero del toreo.
 (Qué tal, qué tal lector, no te acomoda?
 Hasta ahora vá esto bien: es una oda.)

¡Lagartijo! Su nombre solo, encierra
 un poema sin fin de heroicidades
 que pregona muy alto las bondades
 de la gente nacida en esta tierra.
 Su nombre lo pronuncian y *bendicen*
 los españoles con afán sincero...
 (si hay tres ó cuatro, al fin, que no lo dicen
 eso no importa nada, total cero).
 ¿Quién le vió torear sin que despues
 diera un «¡Viva el maestro cordobés!»
 ¿Quién no le ha visto dar *largas* á un toro
 con más inteligencia y más decoro
 que cualquier escribano
 usa para dar *largas* á un asunto...?
 (en llegando á este punto
 no sé que digo, se me vá la mano.)
 ¿Pues y poniendo un par de banderillas
 con la elegancia, la finura, el arte
 y otra porcion, sin fin, de maravillas
 que no se han visto nunca en otra parte.
 Si hasta parece que la fiera honrada
 le dice, irguiendo noble la cabeza:
 «Llegue usted con franqueza
 y no tema usted nada;
 viniendo de sus manos
 ya sabe usted muy bien que no me asusto:
 ¡olé por los toreros veteranos!
 sino me hace usted daño... ¡me dá gusto!»
 ¿Pues y cuando pasando de manera
 lucida y magistral, cuadra á la fiera,

lia el percal haciendo mil primores
y dice «Vaya por ustés, señores,»
tirando decidido la montera..?
Ese momento, ese
es magnífico y bello y admirable,
y pese á quien le pese,
es de una seriedad incomparable.
En él, el pueblo, loco de alegría
aplaude ya á rabiarse fuera de tino,
produciendo atronante algarabía:
toma una borrachera de alegría
y si encuentra ocasion, otra de vino.

¡Adios, héroe inmortal, coloso, atleta,
y artista... sí señor, muy eminente!:
antes con trenza y ahora sin coleta
todo el mundo te admira reverente.
Yo te ofrezco esta pobre cancioncilla
que reflejando está mi inmenso duelo;
hincó con fuerza el suelo en la rodilla,
que diga, la rodilla hincó en el suelo
y brindo á tu salud con manzanilla.
¡Adios, gran Rafael! Siento muchísimo
esta separacion tan dolorosa,
pero ¡cómo ha de ser! Tuyo afectísimo
servidor, que te besa cualquier cosa.

R I M A

—¡El cielo está muy alto! —yo pensaba
al mirar el azul del firmamento
y figurarme que tras él se esconde,
la mansion eternal del bien supremo.

Mas desde que eres tú, mujer amada,
mi dicha y mi consuelo,
el alma se me llena de alegria
cuando asomada á tu balcon te veo,
y digo:—No es verdad lo que pensaba:
¡no está tan alto el cielo!

AL PUENTE DE MURCIA

Puente que firme y seguro
desde un muro al otro muro
que contienen al Segura,
la simpática figura
alzas de tu cuerpo duro.

Que acojas con gusto espero
lo que mi acento sincero
pueda dedicarte aquí,
porque ocultarte no quiero
que tengo afecto hácia tí.

No por la preclara gloria
que con tu brillante historia
has sabido conquistar;
por más que es muy meritoria
y muy digna de estimar;

No por la larga existencia
que ofreciendo resistencia
contra los males que fragua
ese río, con paciencia
estás viendo correr agua.

Sino por el beneficio
y el señalado servicio
que haces á la poblacion,
dándole vida y bullicio
y siendo lazo de union.

Si en el barrio ó la ciudad
reina una felicidad
ó grave mal les asedia
de Murcia la una mitad
enlaza con la otra media.

Y junta toda la gente,
lo mismo que hermanos buenos
á una se goza y se siente:
y el placer es más ferviente,
y el pesar nos toca á menos.

No está así la poblacion
sujeta á la division
de la ancha líquida franja:
y el barrio y la ciudad son
cada uno media naranja.

Que ván recíprocamente
buscándose para unirse,
como el soltero impaciente
á la mujer por quien siente

lo que no puede decirse.

En opuesta direccion
lanzas, puente, sin ceder,
la gente á la poblacion,
semejante al corazon
que le dá la vida á un ser.

Y hasta parece que siente
tu fábrica pulsaciones
de sangre, con esa hirviente
cascada de borbotones
que en tí forma la corriente...

Yo te admiro, puente amigo,
último y primer testigo
de la impresion que tendrá
el murciano que se vá,
y el que vuelve al pátrio abrigo.

Yo, celoso de tu suerie,
siento grande gozo al verte
en las fiestas más rumbosas,
dando sin estremecerte
paso á las chicas hermosas.

Que por sencillas y apuestas
son la gala de las fiestas
del lado de acá y de allá,
sin poderse decir:—«Estas
se llevan el premio»—¡cá!

No sé cómo contener
puedes, puente, tu albedrío

al cruzar tanta mujer...
¡sólo será por tener
los cimientos en el río!

Lo que apreciarás mejor
que si marcial te cruzara
ejército vencedor,
es el placer y el honor
de ver tanta hermosa cara.

Porque al subir hácia tí
alguna muchacha, ví
que sin temor ni sonrojo
ni recatarte de mí,
le estabas guiñando un ojo.

EL CAFETERO

Trasluciéndose en las nieblas
tan húmedas de Diciembre,
con los contornos borrosos,
porque sus líneas se pierden
entre el velo de la lluvia
y el airecillo imprudente
que azota todos los rostros
con los chispazos de nieve
que recoje en las montañas
de blancura reluciente;
recorriendo la ciudad
á toda prisa, aparece
el cafetero ambulante
que arrostrando de su suerte
la desgracia, y los rigores
de la estacion inclemente,
vá por calles y por plazas
anunciando lo que vende

con este grito pausado:
«¡el café...! ¡café caliente!»

En el cuello una bufanda
que en varias vueltas lo envuelven,
una gorra en la cabeza
que ajustada se encasquete,
y sin otra precaucion
ya está nuestro hombre corriente
y dispuesto para todo
lo que á su oficio concierne.
La redonda cafetera
de uno de sus brazos pende,
llevando abajo las brasas
rojizas y relucientes
que por cien agujerillos
despiden reflejos ténues,
y que tienen el encargo
de que el café no se hiele,
para que al abrir el grifo
dorado, se escape hirviente
y abraze puesto en la taza
la loza de sus paredes.
En la otra mano el vasar
sujeta con pulso fuerte.
Allí van media docena
de tazas, lo suficiente
para servir la parroquia
que el buen cafetero tiene,
y completando el convoy,
la botella de aguardiente
sin etiquetas, ni marcas,
ni precintos, ni membretes,
que aunque humildes estas gotas

son honradas y no mienten;
y el farolillo encendido,
que va anunciando á la gente:
«A perra chica café
superior... aquí se vende»,
y que como experto guía
listo y avisado, siempre
delante del vendedor
su luz temblorosa extiende.

Cuando de la noche triste
las primeras sombras vienen,
el cafetero su marcha
tan larga y penosa emprende,
cruzando por las callejas
animado y diligente,
repitiendo trecho á trecho
el cantuseo perenne
y con el farol dejando
un rastro fosforescente,
en la atmósfera espesada
por el húmedo relente.
Algunas veces el pobre
cafetero se detiene
y deja en el puro suelo
sus comerciales enseres.
Es que llega un parroquiano,
que dando diente con diente,
las manos en los bolsillos,
y echando á cada soplete
del aliento, bocanadas
de un humillo trasparente,
pide café con objeto
de que al tomarlo le entre

en el cuerpo un calorcillo
que le avive y atempere.
El cafetero la taza
llena del líquido ofrece
y el parroquiano la toma,
prueba, sopla, paga y bebe.
Después vuelta á andar y hacer
con otro lo que con este,
cruzar plazas, dar mas voces,
y así sucesivamente.

Luego allá en la madrugada,
antes que el dia amanece,
incansable el cafetero
de nuevo á la calle vuelve,
y el trabajador honrado
cuyo cuerpo se entumece
tiritando por el frío,
que sin piedad le acomete,
y que amorata la carne
y que allá en los huesos duele,
le dá el trago de café
con gotas correspondientes,
y aquel hombre ya siquiera
frotarse las manos puede
y subirse hasta el andamio,
ó llegarse á los talleres,
y cojer las herramientas
con mano segura y fuerte.

El café que á perro chico
el buen cafetero vende
no podrá ser puro Moka,
mas casi todas las veces

es por el bien que reparte
mejor ó tan excelente,
El que de él toma, lo toma
puesto de pié á la intemperie,
sin tener para sentarse
divanes de esos de muelles,
pero cuando el pobre obrero,
aun sin esos pelendengues,
siente dentro del estómago
el bienhechor rescoldete,
se pone el hombre estirado
y dice con cara alegre:

—«No sé yo despues de esto,
por mucho que el frio apriete,
para que me serviría
tener un gaban de pieles.»

—

MENOS TUS OJOS

—

SONETO

Deja que mi alma diga con franqueza
cuales las gracias son que más adora
de entre todas las gracias que atesora
tu incomparable y singular belleza.

Me admira la elegante gentileza
de tu linda figura seductora,
tu sonrisa, tu cara encantadora,
las trenzas de tu artística cabeza.

Todo, cuerpo, sonrisa cara, rizos...
me hace olvidar, al verte, mis enojos:
todo me encanta, sí... ¡menos tus ojos!

No hallo en ellos tan mágicos hechizos,
porque tus ojos ¡ay! más me gustaran
si en vez de no mirarme, me miráran.

1889.

OBRAS DE REPERTORIO

 Mi negra suerte maldigo
por tener una vecina
que si toca es un castigo
y si canta desafina.

 Dudo que en el mundo haya
quien como á mí guste el arte,
pero ¡cielos! que se vaya
con la música á otra parte,

 porque ni siendo muy santo
se puede resistir, nó,
ni eso es música, ni canto,
ni Cristo que lo fundó.

 Concorre en la *pobre chica*
la circunstancia agravante
de que con furor se aplica
de una manera alarmante.

 Quiere saber al momento
tocar piezas imposibles

y arrancan al instrumento
sus manos, notas horribles.

Puede sonar el piano
menos discorde, tal vez,
tocando con una mano
(ó dos manos) de almirez;
pues son tantas sus torpezas
como su afán es eterno:
¡Ah, como toca las piezas
del repertorio moderno!

Y además, ¡cómo las canta!
con más precisión y fé
que al tener en su garganta
«Dos Canarios de Café.»

¡Qué extrañas entonaciones
con música y á voz sola!
¡Qué *ayes* y qué canciones!
Ni «La Cancion de la Lola.»

Vamos, es una escepcion
en esto de hacerlo mal
y merece un galardón
en «Certámen Nacional».

De su furia á nadie salva
y oyéndole «La gran vía»,
hasta «El Lucero del Alba»
ha roto «El plato del día».

Cuando le dió por tocar
el vals de «Chateau Margaux»
tanto llegó á marear
que casi me emborrachó.

Su terquedad manifiesta
no perdona ni los ratos
en que el calor de la siesta
nos advierte: «Al agua patos».

Así es, que se llama á escama
ya toda la vecindad
y desesperada exclama:

«¡Como está la sociedad!»

Oyen «Los Zangolotinos»,
de «La Diva» los clamores
y sus acentos divinos
oyen «Los Trasnochadores»;

llevándolos de improviso,
con el oído en un *trís*,

«De Getafe al Paraiso»

y «De Madrid á París».

Se disipa una tormenta
y cesan las fuertes aguas
si solo cantar intenta
el «duo de los paraguas».

Un sujeto se «voló»
y la dijo peregrinas
ocurrencias, porque oyó
el «vals de las golondrinas».

Y (sin consonante en ásica)
ha dicho más de un vecino
que con su «Música Clásica»
nos vá á «Torear por lo fino».

Vamos, que si se cumplieran
nuestras maldiciones juntas
de fijo que la corrieran
dos ó tres «Toros de puntas.»

Pues por tanto desatino
bien necesita á mi ver
que algun «Alcalde interino»
la mande con «Lucifer».

Dice de esta aficionada
mi vecino D. Anselmo

que merece ser quemada
en «El Fuego de San Telmo»...

Yó, si tanto llevo hablado
en su contra y desprestigio
es porque se me ha llenado
de guijas «El gorro frigio»;
y no quiero más cuartetos,
ni polkas, ni peteneras,
ni más tangos, ni tercetos
de «ratas» y «cigarreras».

Aburrido en este día,
por ver si el cielo me ayuda,
sin faltas de «Ortografía»
digo «La verdad desnuda»;
y aquí para entre los dos,
porque termine tal fiesta,
tengo que ofrecer á Dios
una «Misa á gran orquesta».

LA GUITARRA DEL SOLDADO

Apagado el estruendo
de la batalla,
al mandar las cornetas
—«¡alto la marcha!»
los pobres quintos
se juntan amigables
en cien corrillos.

Sin pensar en la horrible
lucha pasada,
ni temer á los riesgos
que les aguardan,
buscan descanso,
alzan la bota al aire
y echan un trago.

Lo que fué... ya lo ha sido:
toques de ataque,

tiros, lamentos, rábía
y unos cadáveres
que no tuvieron
ni el abrigo sagrado
del cementerio.

Lo que vendrá... lo aguardan
ellos conformes
y sin mostrar cobardes
preocupaciones:
la fé jurada
solo inspira esta idea:
—«¡viva la patria!»

En el bullir vistoso
del campamento,
muchos de broma y charla
pasan el tiempo,
y alguno á solas
releyendo la dulce
carta amorosa.

Pero entre todos ellos
la vista mira
un joven soldadillo,
que en su mochila
muy bien sentado,
sostiene una guitarra
con un abrazo.

Para templar las cuerdas
cuatro rasgueos
forman corro de oyentes
para el concierto,

y, tembladoras,
en el espacio triste
vibran las notas.

Y finge la armonía
que lleva el aire,
en misterioso y tierno
grato lenguaje,
que la guitarra
dice así, con sus jotas
y sus parrandas:

—«Canta, pobre soldado,
deja en mis cuerdas,
los ecos de tus dichas
y de tus penas,
que en mi tañido
si estás tú triste, lloro,
si alegre, rio.

Sujeta entre tus manos
que me agasajan
cuando del fusil sueltan
la odiosa carga,
vamos á hablarnos
igual que inseparables
buenos hermanos.

Háblame de la guerra,
de tus hazañas,
de la ausencia penosa,
de tu esperanza,
de la alegría
de aquellos venturosos

pasados dias.

En confusion mis notas
saca en tus dedos,
hazlas sonar á golpes,
á ver si el viento
corre y las lleva
á la blanca casita
de aquella aldea.

Allí, donde tu madre
no seca el llanto
que, al oprimir su pecho
con un abrazo,
salir hiciste
del corazon, sus ojos
dejando tristes.

Y allí, donde la reina
de tus amores,
adormida en su lecho
sueña de noche
que en su ventana
como otras veces toco
yo... ¡tu guitarra!

¿Te acuerdas...? Ella esquiva
de tus anhelos
vencieron sus reparos
y sus desprecios
las serenatas
en que yo tu cariño
fiel le contaba.

Despues con alborozo
siempre me oia,
se mostró á mis oficios
agradecida
y con sus manos
me colocó en el mástil
un rojo lazo.

¡Lazo rojo...! ¡Querida
prenda amorosa,
que allí eran sus reflejos
como de aurora
y aquí al mirarle
es el color que muestra
color de sangre...!

Mas, toca, toca fuerte,
fiel compañero,
alejemos terribles
presentimientos,
toca con aire,
igual que acompañabas
aquellos bailes,

que de mozas y mozos
varias parejas,
entre el repiqueteo
de castañuelas
cantos y palmas,
hacian á la sombra
de verde parra.

Haz que saquen los hilos
de mis bordones

los sonidos que hiciste
dieran entonces,
cuando á deshora
con un grupo de mozos
ibas de ronda.

Tambien ahora otros mozos
aquellas sendas
cruzarán á los sones
de sus vihuelas;
mas su ventana
estará siempre sola,
triste y cerrada.

Ella, tras de los hierros,
oirá que cruza
de largo por la puerta
la alegre turba,
y acongojada
mandará un pensamiento
que diga á tu alma:

—«Vida de este ser mio
que por tí alienta,
vuelve á cantarme amores
junto á mi reja,
que sin tu arrullo
infierno en vez de gloria
tengo en el mundo.

Mi gloria era mirarte
viendo en tus ojos,
dulces y apasionados,
aquel «te adoro»

que ya no siento
aunque tú me lo mandes
desde allá lejos...»

Pero, soldado amigo,
noto con pena
que mi música apagas,
y por mis cuerdas
ruedan tus lágrimas
como notas brillantes
por un pentágrama.

Basta, pues, de recuerdos
y de tristezas,
toca, toca bien fuerte
la malagueña,
y alegre canta
y goza como gozan
tus camaradas.

Y piensa que muy pronto
ya no habrá guerra,
y que juntos veremos
aquella reja,
y aquellos huertos,
y el hogar y la torre
de nuestro pueblo.

¡Las cornetas...! En marcha:
sola me dejas;
cuélgate á la cintura
la cartuchera,
vuelve á las filas,
que aquí tu abrazo espero

cual fiel amiga.

¡Adios...! y ánimo fuerte,
pulso sereno,
á ver como dirijes
la bala al pecho
del enemigo,
que es fatal, pero un triste
deber lo quiso.

¡A formar...! ¡Y si mueres
en la pelea,
haga Dios que ese duelo
todas mis cuerdas
ponga tirantes,
y rota en mil pedazos
mi caja estalle!» —

LEYENDA FEUDAL

Junto á la arenosa playa
y sobre un monton de riscos,
demostrando con orgullo
su indomable poderío,
se alza la mole gigante
del señorial castillo.
En los huecos de sus torres
retumba el viento con brío
y hasta su mismo pié tocan
las ondas del mar tranquilo.
Por las pintadas vidrieras
penetra del sol el brillo
y llena de luz los anchos
viejos muros carcomidos.
Un férreo puente protege
el misterioso recinto
donde nadie pensó osado,
ni valeroso, ni altivo,

poner un pié en los umbrales
sin antes pedir permiso.
¿Que á quién sirve esta morada
de proteccion y de asilo...?
Pues al feudal caballero
Don Nuño Nuñez de Iñigo,
que si por el nombre es noble
noble es por el apellido.
De cuerpo robusto y ágil
y de génio áspero y vivo
es don Nuño, á quien respetan
los aldeanos del cortijo
nombrándole gorra en mano
y apellidándole *invicto*
(verdad que nunca meterse
en berengenas quiso.)
Delante de él están todos
obedientes y sumisos:
casi no dán pié con bola
por querer á un tiempo mismo
adivinarle los gustos,
y cumplirle sus caprichos;
que al verle de mal talante
y con las armas al cinto
aunque están en su presencia
es con el alma en un hilo,
porque no queda uno solo
sin estocada ni chirlo
como desnude el estoque
y comience á dar de filo.
Tal es el carácter raro
de don Nuño Nuñez Iñigo,
brusco con los caballeros
pero con las damas fino.

Comparte gustoso el mando
de su extenso poderío
con la bella doña Láura
á quien adora rendido.
Tienen ambos una corte
de dueñas y pajecillos,
y á los dos ofrecen todos
como esclavos sus servicios.
Y ahora que ya toscamente
la situación he descrito
de este feliz caballero
en cuna hidalga nacido,
querrán ustedes saber
que es lo que hace en el castillo.
Pues lo que hace, simplemente,
es lo que ya llevo dicho:
festejar á doña Láura,
ser dueño de sus hechizos,
ser terror de aquellas gentes,
estar siempre muy tranquilo
y darse alegre una vida
de padre y muy señor mio.

¡GASTAÑAS...!

Cuando el mes de Noviembre
llega en el año,
con su carácter hosco,
triste y huraño;
y el son de las campanas
con sus conciertos
los recuerdos evoca
de nuestros muertos;
cuando es larga la noche
y es triste el día
y el cielo no derrama
luz y alegría;
cuando se viste toda
Naturaleza
del color amarillo
de la tristeza;
cuando en la tierra vemos
las plantas flojas,

sin flores y sin frutos
y hasta sin hojas;
por una coincidencia
bastante extraña
da comienzo el reinado
de la castaña.

En la plaza ó la esquina,
no demostrando
temor al pelacañas
que vá soplando;
con un invariable
gusto sencillo
arman las castañeras
su tingladillo.

En la mesa colocan
bien abrigadas
las castañas negruzcas
que están asadas
y en la perola vieja
con agujeros
por donde el fuego cuele
sus cien flameros,
en porciones las crudas,
van arrojando
y aquel pequeño infierno
las va tostando.

Los ratos que descansan
de hacer todo esto,
sentadas en su silla
cuidan del puesto,
y muy arrebujuadas,
con gran porfía
van ensalzando á todos

su mercancía,
con esta voz que sale
de sus gargantas:
«Castañas... calenticas...
¡qué buenas...! ¿cuántas...?»

El mes es de piadoso
triste tributo,
por eso la castaña
viste de luto,
al sufrir el martirio
con que la inmola
la castañera dentro
de la perola,
y dorando sus gajos
amarillentos
comparte con nosotros
sus sentimientos,
y al parecer nos dice:
— «Tuya es mi suerte,
estaremos unidos
hasta en la muerte.»
Porque mientras vivimos,
cosa es sabida,
que «la castaña» al hombre
va siempre unida.

* * *

Y por si acaso ustedes
no creen en tanto,
ahora mismo he de darles
la prueba al canto.
El político insigne
que habla y se agita

y en defensa de un «credo»
se despepita,
pretestando que afanes
tan soberanos
son en bien de sus pobres
conciudadanos
y no por ir viviendo
feliz y en ócio
procurando ante todo
por su negocio;
la jamona pasada
de los cuarenta
que todos los recursos
del arte intenta
para mostrar un rostro
favorecido
que no debe quedarse
sin un marido;
el maleta que tiene
mucho canguelo
y que dice que sabe
más que Frascuelo,
por si se gana alguna
nueva contrata
y con ella un puñado
grande de plata;
el curial que en la Audiencia
y ante el jurado
hace pasar al pillo
por hombre honrado;
el que muy elegante
se nos presenta
y en cada sastrería
debe una cuenta;

el cantante muy malo
que cuando canta
finge que está indispuerto
de la garganta;
el novio que una dote
va persiguiendo
y dice que de amores
se está muriendo;
el que tiene una tienda
de ultramarinos
y «finge» comestibles
y agua los vinos;
el que escribe zarzuelas
y el argumento
le roba á otros autores
de más talento;
el que pone en las suelas
de los zapatos
carton, y no por eso
los dá baratos;
el comerciante listo
sin repugnancia
para sacar de todo
triple ganancia;
que nada á su elocuencia
se le resiste,
diciendo:—«esto es ahora
lo que más viste...»;
todos estos y muchos
que ya no cito
pues llega á ser el número
casi infinito,
todos con más ó menos
saber y maña

quieren solo una cosa:
¡dar la castaña!



En cuanto pase el triste
mes de los muertos
cesarán las campanas
en sus conciertos,
vendrán las noches bellas
con su poesía,
brillarán en el cielo
luz y alegría,
soltará de sus hombros
Naturaleza
el manto amarillento
de la tristeza,
y no habrá en las esquinas
ese sencillo
puesto de la perola
y el tingladillo.
Mas quedará imperando
la ley extraña
que ostenta por divisa
«dar la castaña»;
y como hoy seguiremos
aquí las gentes
diciéndonos al paso:
«¿cuántas, calientes...?»

LAS FEAS Y LAS BONITAS

Disertacion razonada
ò descriptiva memoria,
perfectamente ajustada
à la verdad de la historia.

EDAD ANTIGUA
(MUY ANTIGUA)

El primer hombre fué Adán,
la primera mujer Eva...
(no me contradecirán
al decir verdad tan nueva.)

Dios le sacó al hombre un hueso
para formar la mujer,
demostrándole con eso
que desde antes de nacer
era un ser impertinente
su compañera querida;

la que clavó luego el diente
en la fruta prohibida.

Fruta que se atragantó
á nuestra madre comun
y que ni ustedes ni yo
hemos digerido aún.

Pero vamos á la idea
principal de estos renglones:
¿Eva fué bonita ó fea?

ahí ván mis apreciaciones:

Considerando, primero,
que en aquella edad no había
ni siquiera un lapicero,
y que el hombre no sabía
pintar ojos ni narices,
sino estar en la floresta
oyendo á las codornices
que cantaban por la siesta;

conociendo que aunque ya
Adan fuera un gran pintor,
á su mujer ¡claro está!
siempre le haria favor;

y en vista de que no hay dato
que nos haga comprender
cómo sería el retrato
de la primera mujer;

en mi opinión deberemos
juzgarla por lo que hizo;
y, en verdad, encontraremos
en ella muy poco hechizo,

pues por su afán de comer
de lo que se le vedó
echó este mundo á perder
y á todos nos fastidió.

Cuando por darle un bocado
á la manzana del mal,
Dios la arrojó incomodado
de aquel Eden terrenal,
es prueba de que tendría
Eva unos dientes feroces
y que su boca sería
de dimensiones atroces.

Porque si hubiera tenido
lábios chicos y risueños
y hubieran sus dientes sido
muy blancos y muy pequeños,
de exajerada beldad,
un encanto, un embeleso...
tengo la seguridad
que Dios no hubiera hecho eso;
sino que al oír pedir
el perdón á aquellos lábios,
sin poderse reprimir
y olvidando sus agravios,
el Señor desde su trono
diría:—«¡Cómo ha de ser!
Bueno, hermosa, te perdono
y no lo vuelvas á hacer.»

En resumen: que no admito
que Eva fuera muy bonita;
sino—dándoseme un pito
que cualquier otro lo admita—
digo: que de la cuestion
esa, llamada social,
de la desnivelacion
del erario nacional,
y del gran desquiciamiento
que quiere llegar ahora,

ella es, y decirlo siento,
la fatal iniciadora.

¿Y he de ser yo tan amable
que defensor de ella sea,
cuando ella sola es culpable
de que esté la *cosa fea*?

EDAD MEDIA

La cuestion hay que estudiarla
en esta edad, sin remedio:
¿Edad media? pues tratarla
en un prudente y buen medio.

Pues al hablar de un ausente
(y ellas no están por aquí)
es cosa poco decente
hablar así, porque sí;

sin ver y sin comprender
que al juzgar con lijereza,
es muy fácil cometer
cualquier sensible torpeza.

Por eso para eludir
malas interpretaciones,
deberemos de decir
sin más averiguaciones,
que las mujeres aquellas,
(las de la citada edad)
fueron la mitad muy bellas
y feas la otra mitad.

Y con esta particion
equitativa y prudente,
resolvemos la cuestion
tan maravillosamente.

¡Ah!... pero haciendo constar

que las guapas que brillaron,
debieron de disfrutar
más de lo que disfrutaron.

¿Por qué?—Porque los varones
que en aquella edad habia
no eran de las condiciones
de los que existen hoy dia.

Para ellas era un gustazo
aplaudir á un hombretón
porque dando un puñetazo
quitaba un guarda-cantón;

ó á caballeros en potros
dando tajos y reveses...
¿pues si nos ven á nosotros
con sombreros cordobeses,

que los sabemos llevar
de un modo tan distinguido,
quién se puede figurar
lo que hubiera sucedido?

Todas, feas y bonitas,
se hubieran enamorado...
Pero, en fin, ya... ¡Pobrecitas!
¡Cuánto hubieran disfrutado!

A más de que muchas de ellas
al vernos, en un momento,
se hubieran vuelto más bellas
que al serlo de nacimiento;

pues tendrían tal placer
viéndonos de ellas delante,
que sin querer, sin querer,
pondrían en su semblante

más color y gracia y luz
é irresistible alegría,
que tiene el cielo andaluz

á la hora del mediodia.

EDAD MODERNA

(ESTA ES LA MIA)

Por fin, ya voy á tratar
de la edad en que yo estoy;
ahora me toca juzgar
á las mujeres de hoy;
y llamarles mentirosos
á esos poetas tunantes,
que se empeñan, afanosos,
á fuerza de consonantes,
en que todo el mundo crea
que en los tiempos que corremos
no existe la mujer fea
porque no la merecemos;
sino que ellas todas son
de belleza inexplicable,
de elegante perfeccion
y de gracia incomparable.

Mire usted que la salida
tiene más de tres bemoles...
¡Todas son guapas ..! Por vida...
¡Que no hay feas...! ¡Caracoles!

Ya se necesita estar
loco, borracho y sin tiro
para creer y afirmar
semejante desatino.

Tan fácil es la cuestión
que no puede ser más clara
porque solamente con
tener ojos en la cara

puede apreciarse que en *Ella*
hay hermosura distinta;

que no es la mujer tan bella
como ella misma se pinta;

que si hay algunas preciosas
que son de un ángel remedo,
hay otras tan horrorosas
que le dán un susto al miedo.

¿Por qué lo hemos de negar
si es una verdad patente
que no se puede ocultar
de ningun modo á la gente?

¿A quién no le habrá ocurrido
mirar á alguna mujer
y estar luego arrepentido
de haberla querido ver...?

Esto ocurre, sí señor,
esto ocurre en nuestra edad
y así apreciamos mejor
la encantadora beldad

de las que nos extasían
por tener mérito propio,
de las que—como dirían
algunos—*nos dán el ópio.*

Para lo que falta ciencia
y pericia, bien probadas,
es para hallar con prudencia
las bellas falsificadas.

Las que no siéndolo quieren
aparentar que lo són;
y muy tranquilas prefieren
llevar *trampas y cartón,*

antes que manifestar
su persona tal cual és;
para no desagradar
á algun valiente y cortés

soltero despreocupado
que las requiebra y las mima
por solo haberlas mirado
así por encima, encima.

Si señor, es muy posible
usar bien el arrebol,
y hacer de una cara horrible
una cara como un sol.

Ojo, jóvenes que aún
estais en la soltería,
con no llevaros algún
estante de droguería,
en vez de alguna mujer
de positiva hermosura
que os dé muy poco que hacer
y que haga vuestra ventura.

Por fortuna en nuestra edad
no es difícil que esto pase;
hay una barbaridad
de mujeres de esa clase.

Y eso que—lo he de decir
con toda sinceridad—
es difícil conseguir
ser bonita en esta edad.

¿Por qué?—Porque la elegancia
que usan ellas á diario
copiando modas de Francia
de un género estafalario,
en nada les favorece,
más bien les quita belleza;
pues hay mujer que parece
el *bazar de la rareza*,

con las colas y encojidos
y adornos, que bien ó mal

se ponen en los vestidos
de fin del siglo actual.

La moda les gusta á todas
con sus rarezas y todo,
pero, señor, si es que hay modas
que las ponen de tal modo
que yo no puedo creer
con todo mi corazón
que las lleve una mujer
con mucha satisfacción.

• • • • •
Mas vamos á resumir
y á concretar las ideas:
conste, para no mentir,
que existen guapas y feas;
que nosotros apreciamos
más, mucho más, las bonitas,
y á las feas las miramos
con desprecio... ¡Pobrecitas!

Y que esta desigualdad
termina de esta manera...
Siendo de necesidad
que todo el hombre que quiera,
entrar en el matrimonio
legalmente, que se case
con una, sí, ¡qué demonio!
con una... de cada clase.

EL MAL LADRON

Causa gran indignacion
que hombre de tal condicion
sin vergüenza y sin cordura,
venga á ser una figura
de viso, de la Pasion.

En su vida licenciosa
sabido es que no hizo cosa
de algún mediano provecho;
tras cada hazaña afrentosa
exclamaba: «á lo hecho, pecho».

Y al pérfido y desalmado
le tenia sin cuidado
toda accion innoble y vil,
porque aún no habian creado

como hoy, la guardia civil.

Siendo, por gala, informal,
llevaba una trapatiesta
de mil lios, infernal,
siendo materia dispuesta
para cometer el mal.

Hasta que ya tanto exceso
y tantas barbaridades
cometió, que al fin fué preso,
y aquellas autoridades
le formaron un proceso.

El juez, con gran competencia,
evacuó la diligencia
y en cuanto que se hizo luz,
firmó esta grave sentencia:
«denle muerte en una cruz».

Sentencia que habrá chocado
por su rigor extremado,
pero hay que considerar
que aún no existía el jurado
y que tiraban á dar.

Así tuvo el mal ladron
la inmensa satisfaccion,
fallado el proceso y visto,
de sufrir la expiacion
al lado de Jesucristo.

Y aquel pueblo de sayones,
sin más consideraciones,

ignorante y vocinglero,
de Uno y otro las acciones
midió con igual rasero.

Y pasando igual afrenta,
allí sobre el mismo suelo,
sufrieron pena cruenta,
el ladron... ¡buena herramienta!
y el Rey de la tierra y cielo,

*

Aunque tan lejos estén
estos hechos, sin vaivén
aún sigue la tradicion,
y se mira hoy al ladron
igual que al hombre de bien.

«MARIA DEL CARMEN»

A DON JOSÉ FELIÜ Y CODINA
AL ESTRENARSE EN MURCIA SU COMEDIA HUERTANA

Ya vino «Maria del Carmen»
y se presentó en la sala
del teatro de Romea,
con su traje de huertana,
luciendo su juventud
y su encantadora gracia
y haciéndonos exclamar
viéndola todos:—«Muchacha,
ven aquí, que como sabes
queremos verte esa cara,
y conocerte ese novio,
y escucharte esas palabras,
con que vas por esos mundos
arrebatando á las masas.

¿No te acuerdas ya de nadie
ó acaso estás trastornada
porque has estado en Madrid
y todo han sido alabanzas
y luego por todas partes
te han ido llevando en palmas?
Bah, no seas orgullosa
y no nos niegues el habla.
Siéntate tranquilamente
á la sombra de la parra
que guarnece con sus hojas
la puerta de tu barraca,
y cuéntanos esas penas
y esas cosas que te pasan
por el querer de tu Pencho
y por esa pasión sana
del pobre Javier, celoso,
á quien has robado el alma.
Siéntate y cuéntalo todo
y háblanos con confianza:
aquí no estás de etiqueta,
aquí estás como en tu casa,
y aunque digas «paere» y «maere»
y bebas agua en la cántara
y te pongas en el moño
un buen manojo de «alábega»
y repiques las postizas
en cuanto oigas la guitarra,
no hemos de torcer el gesto
ni decir: «¡ay, qué ordinaria!»
sino «¡qué buena! ¡qué hermosa!
¡qué castiza! ¡qué murciana!»

Maria del Carmen fué

y nos contó toda el ánsia
que ha venido atormentando
su pecho de enamorada.
La terquedad de Javier,
y de Pencho la desgracia,
el encuentro de los dos
cuando ella ya se casaba
con Javier, por evitar
al otro suerte más mala,
y que hubiera de vivir
huyendo á salto de mata;
su decision, después de esto,
de ser fiel á su palabra,
y ser de Pencho ó de nadie,
pasara lo que pasara;
y, por último, el por qué
aquel nudo se desata,
no matándose dos hombres
á pinchazos con la faca,
sino dándose un abrazo
los que tanto antes se odiaban,
y diciéndole el que nota
que ya su vida se acaba
á su rival: «Tómala
y Dios la haga bien casada».

Ella nos lo contó todo,
y se explicó la muchacha
de manera que el oirla
de gusto nos encantaba.
Como propios sus pesares
en nosotros se clavaban
y nuestra era su alegría
y era nuestra su esperanza.
Y al ver aquellos primores

en tan garrida zagala,
á quien han visto crecer
pobre y sencilla en su infancia
los que la encuentran ahora
hecha una reina de España;
al ver aquella ternura,
y al ver que al cabo triunfaba,
y al ver que iba á ser dichosa,
y al ver nobleza tan santa,
de satisfaccion el pecho
orgullosa se ensanchaba
y la alegría á los ojos
precipitaba las lágrimas.

Pronto te vas «Maria 'el Carmen»,
y sentimos que te vayas;
poco tiempo has disfrutado
de estas flores y estas áuras
que te dieron ser y vida
para esa triunfante marcha
en la que vas derrochando
tantas artísticas galas,
y haces popular tu nombre
y das honor á tu patria.
Pronto te vas, zagalica;
á ver si en volver no tardas
y á ver si no nos olvidas
y á ver si no eres ingrata.
Cuando el triunfo te deslumbre
allá por tierras lejanas,
entre gentes que á tus usos
y costumbres son extrañas,
piensa con gusto en nosotros,
echa hácia aquí una mirada

y acuérdate de la torre
que se vé salir tan alta
desde tu modesta ermita
y tu rústica barraca.
Adiós: y ya que has venido;
á aquel que debes tu fama
haz cumplidos los honores
y págale en cuanto alcanza
tu gratitud infinita
y nuestra franqueza hidalga.
Y para adornar sus sienes
del vergel florido arranca
los adornos más preciados,
y tú con tus manos blancas
entreteje una corona
que no llegues á acabarla
mientras quede en los jardines
de esta vega soberana
sola una flor en los tallos
y sola una hoja en las ramas.

¡YA SOY HOMBRE!

Y no se vaya á entender
que vine siendo mujer
hasta la época presente:
no hay tal; es que desde ayer
ya soy hombre oficialmente.

Un año tras otro año,
sin pensar que eso era un daño,
fui creciendo con ahinco,
y aunque parece un engaño
he cumplido veinticinco.

Resultando en consecuencia
que por esta inexperiencia,
aunque yo mismo me asombre,
he llegado en mi existencia
á poder decir:—¡Soy hombre!

Las leyes me abren su puerta
y creyéndome con cierta
conciencia de mis acciones,
me otorgan atribuciones
que antes eran letra muerta.

Ahora el joven y el anciano
siempre que estrechen mi mano
me mirarán con respeto,
puesto que soy un completo
y cumplido ciudadano.

Como ya está así este mundo,
sube en mi vida un telon
y oigo con pesar profundo
que me dicen:—Mutacion;
comienza el cuadro segundo.

Y miro las alegrías
de otros venturosos días
que van quedándose atrás,
gritando: «¿Qué te creías...?
Ya no volveremos más.»

Y en cambio de aquel pasado,
que el tiempo vil ha deshecho,
me dice un juez estirado:
—«Ahora ya tienes derecho
para elegir diputado.»

A lo cual contestaré
sin entusiasmo y sin fé
del político alboroto:
—«¿Y con que yo tenga voto

á mí qué me cuenta usted?»

Pues si en alguna eleccion
fuera yo á la votacion,
porque ya es costumbre así,
tendria la abnegacion
de votarme solo á mí.

Que por mucha confianza
y respeto y esperanza
que en otro se hayan fundado,
nadie tanto bien alcanza
como el mismo interesado.

Y que sin vacilacion
yo sé lo que me conviene,
y evito la tentacion
de que por mi mediacion
otro peque y se condene.

¡Malditas preocupaciones,
que ya me dan desazones,
por las que de rábia brinco!
¡Y todas estas cuestiones
por cumplir los veinticinco!

Antes cualquier tonteria
bien se me disculparia
por la gente, sin empacho.
«¡No hay que extrañarse—diria—
que son cosas de muchacho!»

Pero de aquí en adelante,
¿cómo aguanto sin afrenta

lo más insignificante,
si ya tengo edad bastante
para dar de todo cuenta?

Ahora he de hablar con reposo
y diciendo la verdad,
y aunque me encuentre garoso
de echar á correr, juicioso
andar con formalidad.

Hoy ya me miro al espejo
y me hallo bastante viejo,
comparado con ayer,
dispuesto á dar un consejo
al que lo ha de menester.

Antes viendo una pollita,
abria cada ojo así:
y ahora el humor se me quita
pensando: «Recapacita
que eso ya no es para tí.»

Cuando una palabra dé,
no á secas la soltaré,
sino diciendo mi nombre
y á quien hable:—«Sepa usted
que está hablando con un hombre».

Y si es mujer, al hablar
será mayor mi tormento,
que aunque me quiera ingeniar
¿qué palabra le he de dar
al no ser de casamiento?

¡Vaya qué complicacion
y qué imponderables daños
me trae la elevacion
á estos veinticinco años
que son mi preocupacion!

Sin que yo los solicite,
ni los pida, ni los quiera,
me pega el tiempo un embite
largándome esa friolera
de años, que no hay quien me quite.

Y lo que más me an indignado
es el haber escuchado,
con mucha formalidad,
que á estas fechas he llegado
¡digo!... á la mayor edad.

¡Mayor llamarla, Señor,
cuando en tan gran esplendor
se encuentra la juventud,
es una inexactitud
de las de marca mayor!

Pues eso, estaria bien
decírmelo, sin amaños,
cuando fuera ten con ten
venciendo muchos más años...
y al cabo cumpliera cien.

INDICE

	Páginas.
PÁSE USTED, LECTOR.	5
El tren de los muertos.	9
Paisaje.	13
La misa de campaña.	15
Ladridos.	19
Flaqueza.	25
Mi vocacion torera.	27
A Judas.	31
Acta.	35
¡No hay mal...!	39
A Lagartijo.	43
Rima.	47
Al puente de Murcia.	49
El cafetero.	53
Menos tus ojos.	59
Obras de repertorio.	61
La guitarra del soldado.	65
Leyenda feudal.	73
¡Castañas...!	77
Las feas y las bonitas.	83
El mal ladron.	93
«Maria del Carmen».	97
¡Ya soy hombre!.	103

